

EL CAUTIVO DE GERONA.



NUEVA RELACION.

De una carta que escribió á su padre un hijo, en que le daba á entender los tormentos que padecía en su cautiverio en la ciudad de Argel, y la contestacion que este le dá.

PRIMERA PARTE.

Permita el cielo divino,
 dulce padre de mi vida,
 de que llegue á vuestras manos
 esta triste carta mia.
 Por ella, padre, sabreis
 el tormento y la fatiga,
 congoja, pena y dolor
 que padezco noche y dia,
 no cesando de llorar,
 el alma siempre affligida;
 triste el corazon, y lleno
 de angustia y melancolia,
 preso y cautivo en Argel
 porque así Dios lo queria:
 tan maltratado, señor,
 de aquesta gente enemiga,
 en una oscura mazmorra
 me tienen sin compañía,

con unos cuadrados grillos
 que las piernas me lastiman:
 una cadena pesada
 al cuerpo traigo oprimida
 que por el suelo me arrastra
 y todo el cuerpo me liga.
 Es mi comer y beber
 solo una vez en el dia,
 una libra de pan prieto,
 sin mas vianda me envian,
 y media azumbre de agua
 me dan, señor, por bebida.
 El moro que me lo trae
 dobla mas las penas mias,
 porque de palabra y obra
 me ultraja con ignominia.
 Padre mio, yo confieso
 que toda la culpa es mia;

y que es castigo del cielo .
aquesta falta caida:
porque estando yo estudiando
para ordenarme de misa,
me casé sin tu licencia
con la amada esposa mia,
y aunque estabas enojado,
con la obediencia debida
me entré, señor, en tu casa,
y postrados de rodillas
mi esposa y yo, te pedimos
perdon de nuestra osadia;
pero vos enfurecido,
(permitidme que lo diga),
nos echastes á la calle
á empellones y porvidas,
diciendo no me acordase
de que tal padre tenia.
Anegado en triste llanto
me aparté de vuestra vista,
regando las duras piedras
y mis pálidas mejillas:
mi esposa me consolaba
diciéndome: esposo, mira,
yo tengo allá en Tarragona
una muy amada tia,
que mucho estimará el verte
porque no te conocia;
vámonos, esposo, luego,
que en su buena compañía
viviremos sin quebranto
ni ver estas tiranias.
Yo quise primero ir solo
por ver si me convenia,
tomé un caballo y cien pesos,
y de Gerona salia
un lunes por la mañana;
y al otro siguiente dia,
martes para mas desgracia,
que en todo me perseguia,
al encuentro me salieron
cubierto con mascarillas,
seis furiosos bandoleros
armados de carabinas,
me ataron de pies y manos
al pie de una verde oliva;
se llevaron el caballo
y el dinero que tenia;
mas un pobre labrador
que á su cortijo venia,

me desató: y luego al punto
á Tarragona partia,
donde para alimentarme,
limosna, padre, pedia:
y viéndome tan perdido,
para mejorar de vida,
senté plaza de soldado
en un tercio de infanteria.
Pasamos á Barcelona,
plaza fuerte, ciudad rica:
y una mañana temprano
de la ciudad se veia
una galera de turcos,
que dando caza venia
á otra galera pequeña
que española parecia.
Salieron á socorrerla
completas tres compañías
en un bargantiu ligero;
mas ya que cerca se veian,
dimos vista á otra galera
que era de su compañía:
le presentamos batalla,
se jugó la artilleria,
de la una y otra parte
fué muy sangrienta y reñida.
Murieron treinta cristanos
y mucha gente, morisca;
pero al cabó nos vencieron,
porque tuvieron mas dicha,
quedando cautivos todos
y puestos en gran fatiga.
En fin, dentro de seis horas
llegamos á Berberia,
dentro la plaza de Argél,
donde en venta me ponian.
Me compró un gallardo moro,
rico y de gran valia,
y me presentó á una mora
que tenia por amiga.
Con cariño me trataba,
y buen pasaje me hacia,
pero se trocáron presto
en oprobios las caricias,
porque estando un dia sola
de amores me requeria:
me dijo que renegase
de la ley de Dios divina,
me casaria con ella
y riquezas gozaria;

pero yo muy claramente
la dije, que no queria
olvidar mi santa ley
aunque perdiera mil vidas.
Sintiendo mucho el desaire,
con diabólica malicia,
le dijo á su amante moro
de que yo la perseguia.
El moro que aquestó oyó,
en el jardin que tenia
me ató con una cadena
contra un árbol, y en tres dias
no me dió á comer bocado,
y á la mazmorra me envia,
adonde estoy padeciendo
mil tormentos y desdichas,
Ruégote, padre y señor,
mireis por la esposa mia,

vos la querrais consolar,
que ya para mi su vista
será, padre, cuando llegue
del mundo el último dia.
No quiero cansaros mas:
vuestro hijo que os estima
y que mas desea veros,
Lucas Perez de Sosvilla.

Dió la carta á una muger
que estaba en Argél cautiva,
y por su fortuna á España
venia ya redimida.
Recibió el padre la carta,
con gran pena la leia;
y en otra segunda parte
la respuesta que le envia,
se dirá, porque se sepa
el fin de la historia dicha.

SEGUNDA PARTE.

Apenas el noble padre
en sus tristes manos vido
los lamentables renglones
de su muy querido hijo,
leyó lo que contenian
hechos sus ojos dos rios,
rompiendo con tiernas ansias
en desenfrenados gritos
la vaga reguion del aire,
estas palabras ha dicho:
¡Ay hijo del alma mia!
¡Ay dulce consuelo mio!
¿A dónde estás, prenda amada,
que el corazon me has partido?
Ya se acabo mi alegría,
pues por mi mal he perdido
un solo hijo que tenia
de mi vejez el alivio;
mas yo me tengo la culpa,
pague la pena yo mismo.
¡Ah torpe lengua maldita
que tú misma has prorumpido
la sentencia de tu muerte
en la de aquel pobrecito!
¡Ay Dios! habed compasion
de estos tristes afligidos,
mirad que el uno padece
sin culpa grandes martirios,
y este siente sus congojas,

porque la culpa ha tenido.
Mas ya arrepentido lloro
y os suplico, Padre mio,
lo saqueis del cautiverio
en que se halla oprimido.

Dió fin á su peticion
suspendiendo sus gemidos,
porque entró su amada esposa,
que apenas la carta vido,
las piedras enternecia
entre quejas y suspiros:
tomó el venerable anciano
la pluma, y enternecido
aquesta breve repuesta
notó con discreto estilo.

Recibí las tristes letras
de tus manos, hijo mio,
y fue tanta la tristeza
con que por ella me aflijo,
que no sé como del pecho
el corazon no se ha salido
á publicar mi dolor
y mis tiranos delitos,
pues por mi culpa padece
tormentos tan nunca vistos,
como los que en estas letras
me notificas tú mismo.
Hijo, yo tengo la culpa,
y yo solo he merecido

25.
los castigos que te aflijen:
pero ya es fuerza decirlo:
para que tengas paciencia
y lleves por Jesucristo
los trabajos que te aguardan,
porque han de ser muy crecidos
si el cielo no lo remedia
con su poder infinito.
Has de saber, hijo amado,
que yo al ver inadvertido
olvidaste los estudios,
que por el mandato mio
seguías para cantar misa,
(¡con qué ansia que lo digo!)
casándote sin mi gusto:
y al saberlo enfurecido,
postrándome de rodillas
á los pies de Jesucristo,
contra tí esta maldición
fulminé, ¡tormento impío!
«Permitid, Jesus sagrado,
que este inobediente hijo
que tal disgusto me ha dado,
se vea en Argel cautivo
en poder de un fiero moro,
que como verdugo impío
á todas horas maltrate
su cuerpo con mil castigos,
que por sus manos me venga
con rigores excesivos.
Mi torpe lengua enojada
de esta suerte te maldijo,
harto lo siento y me pesa
de lo hecho y de lo dicho:
mas yo te doy mi palabra
de pedir á Dios divino
con suspiros y oraciones,
con ayunos y cilicios,
que revoque la sentencia;
y en su Magestad confío
que querra favorecerme
y otorgar lo que le pido;
y así, hijo de mi vida,
tener Paciencia es preciso,
hasta que su Magestad
se sirva de darte alivio.
En cuanto á tu amada esposa,
ya yo la tengo conmigo;

no tengas por eso pena,
que siente bien tus martirios,
rogando á Dios que te saque
de congojas y peligros:
y con esto Dios te guarde
para ser consuelo mio.
Quien mas te ama y te estima
tu triste Padre Francisco
de Sosvilla.—Y remitióle
la carta, y la ha recibido,
quien al punto contestó
con otra que ha remitido
pidiendo á su dulce esposa
se duela de su conflicto:
que enternecida al instante
sus alhajas ha vendido,
y pidiendo entre los nobles
de su pueblo compasivos,
de lo cual juntó mil pesos;
y su padre que esto vido.
la dió otros mil, y en un barco
la noble señora ha ido
con los padres Redentores;
y cuando en Argel se vido
se informó quien era el amo
mas el moro enfurecido,
al ver su esposa presente,
para darle mas castigo,
por no perderlo pedia
un precio muy excesivo.
En mil y quinientos pesos
los padres de san Francisco
lo ajustaron, porque al rey
humildes se lo han pedido;
y el rey mandó que lo diera:
y el rescate concedido,
con gusto y con alegría
para España se han partido,
dándole á Dios muchas gracias
por el favor recibido.
Tomen ejemplo los padres,
no maldigan á sus hijos,
pues suele el cielo á sus voces
mostrarse muy vengativo.
Y el que compuso los versos
á los que los han leído,
humilde pide perdon
de los yerros que han tenido.